

Desde el verso 31 ya vemos esa contraposición entre la virtud del pasado y el vicio del momento, con un demostrativo que indica lejanía y un verbo en presente:

*Yace aquella virtud desaliñada...;*

continúa con un verbo en pasado perfectivo (*que fue*), también en posición de comienzo de verso, remarcando así la polaridad *ayer/hoy*<sup>15</sup>; sigue inmediatamente una referencia despectiva al presente por la oposición de dos valores contradictorios (*si rica menos, más temida*) y termina lapidariamente (nunca mejor dicho) con una afirmación negadora de lo contemporáneo:

*en vanidad y en sueño sepultada.*

Gracias a estos recursos, y sobre todo a su aglomeración, queda asociada una serie de imágenes morales a cada perspectiva. En los tercetos correspondientes a los versos 55-63, por ejemplo, se asocian, al pasado, *honroso, mortaja, peligroso, hueste* y, al presente, *descansado, vestido, galán, cama*: la guerra frente a la molicie.

Por otro lado, en aquellos tercetos donde no aparece la polaridad manifiesta gramaticalmente, subyace siempre connotada la otra perspectiva, que tal vez el lector actual no perciba, pero sí el receptor directo de la epístola

a más honroso»; e) adjetivos o pronombres indefinidos con valor contrario: v. 64, «Todas matronas y ninguna dama»; v. 113, «todos blasonan, nadie los imita»; f) oración concesiva: v. 32, «fue, si rica menos, más temida»; v. 48, «si mal hablada, vencedora»; vv. 56-57, «si no a más descansado, a más honroso / sueño entregó»; g) oración comparativa: vv. 58-59, «hilaba [...] / la mortaja primero que el vestido»; v. 60, «menos le vio galán que peligroso»; vv. 61-62, «acompañaba [...] / más veces en la hueste que en la cama»; v. 81, «más quiso los turbantes que los ceros»; v. 84, «esta usura es peor que aquella furia»; h) oración adversativa: vv. 118-119, «quedaron / bien perfumadas pero

mal regidas»; vv. 43-44, «nadie contaba [...] / sino de qué manera»; vv. 77-78, «ni [...] / hizo el campo heredad, sino matanza»; v. 114, «no son sucesores, sino apodos». Pero en otros lugares, la negación de una de las dos perspectivas temporales conlleva implícita la comparación entre ambas. Los recursos usados para conseguir este enfrentamiento son variados: a) preposición que indica carencia: v. 45, «lograba sin afán»; v. 90, «estaba la garganta sin pecado»; v. 106, «pudo sin miedo»; b) formas verbales que poseen significado de oposición o negación, sustantivos que añaden ese valor al verbo: v. 31, «yace [...] virtud desaliñada»; v. 38, «contaba por afrentas»; v. 42, «reputaban

por extraños»; v. 51, «las armas desprecio»; v. 69, «usurparon la paz»; v. 130, «desprecia el honor»; v. 68, «era divorcio»; c) adverbios negativos o temporales que modifican el valor del verbo: v. 43, «nadie contaba»; v. 57, «a [...] sueño entregó los ojos, no la mente»; v. 66, «no admitió»; v. 70, «ni los trujo costumbres peregrinas»; vv. 71-72, «ni el Oriente / compró»; v. 76, «no de la pluma dependió»; v. 80, «no mendigando el crédito a Liguria»; v. 89, «buscó [...] no hartura»; vv. 95-96, «ni [había venido...] / la adulación»; v. 117, «el vicio, no el olor, nos acredita» (y también en los versos 36, 44-45, 94-95); d) adverbios o adjetivos que indican el predominio de la virtud sobre el vicio: v. 54,

«de sola honesta obligación armado»; v. 75, «Solo se cuidiciaba lo decente»; v. 120, «alhajas las que fueron pieles solas».

El texto de la Epístola que manejamos lo hemos tomado de la Poesía moral (Polimnia), edición de Alfonso Rey, Madrid-Londres, Támesis, 1992, págs. 290-301.

<sup>15</sup> De tal manera se quiere resaltar la diferencia que, en aquellos versos en los que no están los dos niveles temporales, el presente de indicativo sigue siendo la marca del momento presente, pero el pretérito imperfecto —en vez del indefinido— nos evoca la del pasado, diluyendo la referencia temporal en una imprecisa edad de oro al estilo de Juvenal.

(el Conde-Duque de Olivares) y también el lector del siglo XVII. Por ejemplo, en

Del tiempo el ocio torpe y los engaños  
del paso de las horas y del día,  
reputaban los nuestros por estraños (vv. 40-42),

los sintagmas *ocio torpe* y *los engaños/ del paso de las horas y del día* connotan el presente, mientras que *reputaban los nuestros por estraños* hace referencia al pasado que se elogia y por el que se niega lo anterior.

De la misma manera, en los tercetos siguientes, hasta el verso 57, el único tema parece ser la alabanza de las costumbres del pasado (los verbos se encuentran en esta perspectiva) pero es evidente que la connotación marca el contenido, y que en un verso como

El temor de la mano daba escudo (v. 49),

la elección del término *escudo* no es casual. La marca de ese pasado ideal, intemporal, está precisamente en la ausencia de ese instrumento, que existiría sólo en el presente. Quevedo muestra las dos perspectivas simultáneamente. El vocablo conlleva, además, una profunda carga connotativa: señala la diferencia entre los *desiderata* (sinceridad, honradez, valentía, nobleza), que protegían sin necesidad de «armadura» al hombre de antaño, y los malos usos (hipocresía, doblez, cobardía) que acosan al hombre de la época. Esta idea, como es habitual en el poema, se hila con los versos siguientes:

todas las armas despreció desnudo (v. 51),  
de sola honesta obligación armado<sup>16</sup> (v. 54).

Además, en nuestra opinión, las estructuraciones propuestas por estos críticos no dan explicación de la existencia de algunas estrofas que sirven como «puente» entre las partes<sup>17</sup>:

a) los versos 25-30 en los que se sigue tratando el tema anterior: «no dejaré de hablar», pero que ya sitúan el objeto de la *indignatio* del poeta satírico en el espacio: «las dos Castillas». Aparece, además, por primera vez, el vocativo («Señor Excelentísimo») y, por tanto, el «escondido» estilo epistolar;

b) los versos 151-165, que siguen tratando el tema anterior: los juegos de cañas, aunque, ahora, se dirige a los jóvenes nobles y los aconseja, preludiando de esta manera los versos siguientes, en los que se vuelve hacia el primer interlocutor de la *Epístola*.

Ejercite sus fuerzas el mancebo  
en frentes de escuadrones, no en la frente  
del útil bruto l'asta del acebo.

<sup>16</sup> R. Lida (*Prosas de Quevedo, Barcelona, Crítica, 1980, págs. 61-62*), observó también el marcado contraste que proponemos: «nos la pintará [la España antigua que trae Quevedo en su Epístola...] en explícito contraste con la España actual».

<sup>17</sup> Ya Maurer (op. cit., pág. 99) lo observa con respecto a los versos 25-30: «Conectan el exordio con la segunda parte dos estrofas de transición, donde la indignación se disuelve en lágrimas».

<sup>18</sup> Como ya es sabido, la relación Quevedo-Olivares pasó por varias etapas. En la época de redacción de esta epístola, hacia 1624 —coincidiendo con la dedicatoria de su *Política de Dios al Conde-Duque* y con la escritura de la comedia *Cómo ha de ser el privado*—, Quevedo pretendía congraciarse con el poder real a través del valido, del que aspiraba conseguir, en primer lugar, pero no únicamente, el levantamiento de la reclusión en la torre de Juan Abad. Otras obras del escritor nos enseñan cómo va cambiando la relación con Olivares hacia un enfrentamiento cada vez más hostil, que Quevedo exterioriza en obras como *La Hora de todos*, *Execración contra los judíos* —recientemente rescatada— y otras piezas como el romance «*Son las torres de Joray*», o, en opinión de Emilio Carilla, el soneto «*Érase un hombre a una nariz pegado*» («*Un soneto de Quevedo*», *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas, Venecia, 1980, Roma, 1982*, págs. 273-280, cit. en I. Arellano, *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1984, págs. 19n y 29).

<sup>19</sup> Esto ya lo señala Maurer (op. cit., pág. 96). Sólo existe el encabalgamiento estrofico en dos ocasiones: a) versos 136-144. Tres tercetos dedicados a los toros; b) versos 178-198. Tres periodos oracionales de seis versos cada uno con consejos finales al valido.

Son precisamente esas «estrofas-puente» las que marcan los cambios de estilo, y hacen percibir al lector la intención de Quevedo, que no es únicamente la de escribir una sátira o una epístola moral, sino, si acaso, la de usar ambos cauces para conseguir propósitos personales<sup>18</sup>.

En suma, las estructuraciones basadas en el análisis temático son difícilmente defendibles en la *Epístola*, donde lo habitual es que los tercetos coincidan con los periodos oracionales, dándonos la impresión de que dejan fluir sin cortapisas el pensamiento<sup>19</sup>. Una palabra, usada en una estrofa, puede dar pie a la reflexión de la siguiente. Esto ocurre, por ejemplo, en los versos 25 al 36, donde la palabra *inundación* le evoca al escritor barroco la hiperbólica imagen

Ya sumergirse miro mis mejillas,

y, en el verso siguiente, la referencia a las urnas en que se han convertido sus ojos,

la vista por dos urnas derramada,

le conduce a potenciar esta idea de lamento casi elegíaco, centrándolo en un espacio específico gracias a la relación de la urna cineraria con el altar donde se deposita:

sobre las aras de las dos Castillas.

El encadenamiento *fanopeico* continúa de manera insistente en el siguiente terceto, dando paso a imágenes en las que la muerte está presente de una manera obsesiva: *yace, en sueño sepultada, honrada muerte / nunca quiso tener más larga vida*. Esta fluencia a la par de lo métrico y de lo poético ha conectado dos ideas tan distintas como son el llanto y la muerte de la virtud.

Nuestra propuesta, basada en aspectos formales (lo puramente estilístico, lo genérico), es la siguiente:

A) Versos 1-24 (en lugar de 1-30). Comienzo convencionalmente satírico.

B) Versos 25-151 (en lugar de 31-165). Aparición de lo epistolar y confusión de géneros.

C) Versos 152-205 (en vez de 166-205). Peticiones de que sean repuestas las antiguas virtudes: al Conde-Duque y, antes, con tono exhortativo, a los jóvenes de la época.

Analicemos ahora más profundamente el uso de los cauces genéricos en la *Epístola*. Estos 24 versos iniciales son el comienzo de una sátira, escrita, como es habitual, en *terza rima*, y que, además, presenta otras características propias del género, como el comienzo *ex abrupto*, que tanto ha extrañado y tantas confusiones ha producido. Retomemos las ideas de quienes reflexionaron sobre la sátira y sobre la epístola contemporáneamente a la